

componerse con lo que sabemos del Imperio Incaico, sujeto o un solo monarca, pero a golpe hecho, se desvanece la objeción con notar que los caciques de las naciones vencidas, los *curacas*, eran confirmados en sus puestos, a condición de entregar en rehenes a sus hijos, que eran llevados al Cuzco para inculcárseles la lengua y las leyes del imperio. Otro documento advierte que siempre había un «principal que era Señor de todos y se llamaba *Candire*,<sup>(1)</sup> uno de los tantos nombres del Inca en el múltiple vocabulario indígena<sup>(2)</sup>.

q) El Lago Titicaca. «Por la banda del Oeste había un lago muy grande», dato geográfico decisivo que se lee seis veces en la *Información*, y en ese rumbo, mirando desde el Alto Paraguay, está cabalmente el Lago Titicaca, a 3.900 metros de altura, entre las nubes. Era natural que la noticia del *Agua Sagrada* de los indígenas, repercutiera muy lejos. ¡Era el lago de los misterios y leyendas! Bajo sus olas dormía el Edén, sueño de la raza, y era, como el Valle de Josafat, el sitio prefijado para el día del «gemido y lloro Universal»<sup>(3)</sup>.

r) «Y no se parecía tierra de una banda a la otra», insiste el Capitán. Sin duda posible: ¡el Titicaca! Tiene cincuenta y tantas leguas de largo y 25 de ancho. Un pequeño mar perdido en una cima de los Andes.

s) Isla de Titicaca con el templo del Sol. «Había en una parte del lago la *Casa del Sol*», certifica Ribera. Esa parte del lago es la isla llamada también *del Inca* o *Titicaca* que significa *Isla del Plomo*—o de *Estaño*—de tres leguas de largo y una de ancho, regada por trece arroyos, nombre de la parte que se extendió al todo. (Alcedo, *Dicc.*, etc.) Todo templo era *Casa del Sol* y había dos muy famosos, el del Cuzco y el de la Isla Titicaca. El más antiguo y venerado había sido el último al cual alude la *Información*. De su nombre indígena y de lo que era en realidad, vamos a hacer un corto incidente.

t) *Coricancha*, era el nombre quichua del templo del Sol. Es vocablo que vale *Casa de Oro* (Kramer) como en la Letanía Lauretana, y no se alejaba mucho de su realidad substantiva. Era de piedra, pero sus paredes interiores estaban cubiertas de adornos de oro, «lágrima que llora el Sol» y el suelo cubierto con polvos del mismo metal. Su puerta principal miraba al Oriente como el *Coricancha* del Cuzco y tenía pegada en la pared interna del poniente una gran lámina de oro, de innumerables rayos en que estaba grabado un rostro humano, emblema de la deidad luminosa y donde al refractarse la luz del Sol naciente iluminaba el interior del templo con refulgencias fan-

tásticas. (Prescott). Era la maravilla del Nuevo Mundo y su fama voló de tribu en tribu hasta llegar a los confines de América. Ahora sabemos por qué algunos conquistadores, como Diego de Ordaz, buscaran cierta *Casa de Oro*, rumor lejano y traducción literal del vocablo *Coricancha*, imán ubicado a veces en otras partes a causa de la distancia y de la confusión de los relatos, entrecruzados con otros, por el camino. Los indígenas que hablaron de la *Casa de Oro* a Ordaz en la Guayana y a Ribera de la *Casa del Sol* al Norte de los Jarayes, no les engañaban, pero los conquistadores, en su férvido estado psicológico, delirio del oro sin igual, creyeron bastante más de lo que oyeron. Lo extraño hubiera sido que no colaborara la imaginación del indígena y del conquistador al ir rodando la noticia del prodigioso *Coricancha*.

Y aparte de cien datos que abrevio, creo que el mapa que acompaña a la 1.<sup>a</sup> edición latina de Schmidel, nos dá la intuición sensible del templo de la Isla Titicaca.

Sobre el edificio, dentro del círculo luminoso, parece arder una antorcha que sería el fuego sagrado encendido en cada festividad del Raymi y custodiado por las Vírgenes del Sol. Es así visible por qué Centenera nominó «Laguna del Sol» a la maravilla que cantó exagerándola. Valía tanto como decir «Lago de Titicaca con su *Coricancha* o *Casa del Sol*», abreviado después en el nominativo *Eldorado*<sup>(1)</sup>. Pero también el Arcediano le llamó *Paititi* y su etimología va a ser la cinta que ata los veinte datos precedentes.

u) *Paititi* significa «aquel (Monarca) del Titicaca»<sup>(2)</sup>, designación del Inca. *Titi* es contracción de *Titicaca*, abreviación continua en estas lenguas polisintéticas de América, de aféresis, síncopas y apócopas, en que los vocablos se mutilan a discreción. La frase sería una alusión a la tradición o leyenda que daba por cierto que en el Lago Titicaca o en sus orillas empezaron a dominar los regios fundadores del Imperio.

Es palpable que la filología es ciencia auxiliar necesaria de la historia. Arroja luces inesperadas sobre puntos oscuros. Ella nos dá la clave de las primeras expediciones con decirnos que los guaraníes llamaban *Caracaraes* a los peruanos; nos pinta con precisión su punto de mira con explicarnos que *Potofchi* significa *Sierra de la Plata*; nos informa que no era delirio la *Casa de Oro* que buscó Ordaz y que *Paititi* era una de las tantas maneras de designar el Reino del Perú.

Y así la filología nos explica un fenó-

(1) Ruy Díaz de Guzmán asevera que cuando Irala emprendió su viaje al Perú (1548) «dijéronle también estos indios (los Timbus del interior del Chaco) como entre el Brasil y el Marañón y las encabazadas del Río de la Plata, había una Provincia de mucha gente que tenía sus poblaciones a las riberas de una gran laguna y que poseían una gran cantidad de oro de que se servían, y así le dieron los españoles a esta laguna por nominación *Eldorado*» (Lib. 2.<sup>o</sup>, cap. 7). Ruy Díaz ni sospechó que se trataba del Lago Titicaca. Las Amazonas, a quienes alude en seguida, parecen indicar que en realidad trasuntaba el relato de Hernando de Ribera.

(2) Dr. Ricardo Mujía, *Bolivia-Paraguay*, tomo 1.<sup>o</sup> pág. 159.

meno extraño y es que desde el Perú saliesen expediciones a buscar el Perú. Es que lo buscaban con otro nombre, el de «Paititi» como lo hizo el Virrey Toledo. «Perú», corrupción de «Pelú», un río, decían los españoles; «Caracaraes», decían los guaraníes; «Tavantinsuya» (las cuatro partes del mundo), decían los quichuas del Occidente, y «Paititi», decían las tribus del Alto Paraguay: cuatro nombres de un solo reino. Añádase la ignorancia de la geografía y supóngase la imaginación sobreexcitada en aquella edad pasmosa en que los conquistadores iban de maravilla en maravilla, en la fauna, en la flora y en reinos, como el de Montezuma y Atahualpa, y se tendrá explicable el loco empeño de Toledo al anhelar lo que poseía y buscar lo que palpaba...

Y volviendo a la tesis, convengamos en que la prueba de que *Eldorado* era el Perú, es formidable. Hemos producido veintidós datos coincidentes, inequívoco, conexos; veintidós elementos de juicios convergentes en una sola dirección. Ese concierto sería inexplicable, diría el finado Fregeiro, en el supuesto de ser falsa nuestra tesis. La conclusión es sin vueltas: *Eldorado* era el Perú. ¡Es la evidencia misma! Y no repetirán los diccionarios en sus nuevas ediciones, supongo, que *Eldorado* era el reflejo de las rocas de mica situadas en la Guayana. El Perú incaico no era mica, ni roca, ni reflejo...

¿Y por qué nadie analizó la *Información* de Hernando de Ribera donde es palpable que *Eldorado* era el Perú? Por descuido. La *Información* no estaba en un códice ni en un incunable. Corría impresa en una edición francesa de Charlevoix, desde fines del siglo XVIII; la reprodujo la «Colección de autores Castellanos», la copiamos en la *Revista del Instituto Paraguayo* y la hicimos volar en folleto. Nadie la leyó y menos pensó analizarla.

Es una prueba más de la frecuencia con que olvidamos la operación elemental. Diplomáticos, historiadores, literatos, que trataron las cuestiones de límites de estos países, por ejemplo, daban por cierto que la jurisdicción de Almagro llegaba al Atlántico, por no haber leído la capitulación de don Pedro de Mendoza con el Rey, donde el Adelantado se obligaba a defender la «demarcación de la Corona de Castilla», lo que excluía, de plano, dicha jurisdicción de la costa del Océano.

Otro caso: Lozano, Guevara, Azara y sus repetidores, ciento o más, dijeron que Ayo-las fundó la Asunción porque Schmidel lo dijo, según la primera edición latina. Observé a Lafone Quevedo que Ruy Díaz de Guzmán atribuye dicha fundación a Salazar de Espinosa y entonces Lafone Quevedo practicó la operación elemental leyendo el texto alemán y resultó que Schmidel no dijo lo que le hizo decir la primera edición latina! Lozano y demás quedaron desbaratados.

¿Por qué Garay no fijó límites a Buenos Aires? La explicación está en la ley 6.<sup>a</sup>, tít. VII libro 4.<sup>o</sup> de las Leyes de Indias, que

(1) Id. id.

(2) *Caracaraes, Paizunoos, Candires*, etc.

(3) Memorial Histórico-Lingüístico del Padre Salas al Príncipe de Esquilache, 1618, con Anotaciones Documentales del franciscano Viscarra, La Paz, 1901. Hay allí datos históricos y geográficos sobre el Lago Titicaca, sus diversos nombres y etimologías, sus leyendas y hasta sonetos que cantaron sus bellezas y misterios, todo utilizable en cierta medida y a condición de prescindir de las absurdas identificaciones con la historia bíblica.